



Madrid 16 de Setiembre de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—Amor á la Patria, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—Trova á un niño [poesia], por don Antonio Arnao.—Historia: España romana, por don José S. Biedma.—Esplicacion del enigma histórico y geográfico, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Aventuras de un millonario [continuacion], por don E. Hernandez.—El Rey de Roma, por don I. Virto.—El Juicio de los Muertos.—Juegos de niños, por don E. de Tamarit.—Adivina.

GRABADOS. Ceremonia nupcial de los romanos.—Strasburgo.—El tio Petit.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

X.

Amor á la Patria.—Cariño hácia el hogar.

DIFÍCILMENTE puede cumplir el hombre con los deberes que la sociedad le impone, si el dulce nombre de Patria no despierta sentimiento alguno en su corazón. Desconfía, pues, de aquellos que arrastrados por un falso principio de filantropía dicen que la patria es el mundo: que no debe merecernos especial predilección el hogar donde vimos la

primera luz, que como individuos de la humanidad no debemos sentir mas que lo que ella sienta, importándonos poco de sus individualidades.

Antes de manifestarte lo absurdo de semejantes proposiciones, debo llamar tu atención acerca de un hecho, del que te he hablado ya en otro lugar. Tratando del amor al prójimo te dije que no admitía excepciones; pero que aun así, te merecían mas simpatías tus vecinos que tus conciudadanos, y tus compatriotas mas que el resto de los hombres; pues bien: el que sientas una predilección por la casa donde naciste, mayor que para el pueblo en que pasaron los días de tu infancia, no impide que lata tu corazón de temor ó entusiasmo al ver ame

nazada ó vencedora tu patria, ni que te intereses por la felicidad de las demás naciones. Qué amor ennoblecerá nuestro sér si nos es indiferente la gloria de nuestra patria? Créés que se interesará por la suerte de la humanidad entera el que prescindiera de la suerte de sus compatriotas? Hay mas aun: para llegar la humanidad al estado de civilizacion en que hoy se encuentra, ha tenido que sufrir fuertes convulsiones y cruelísimas guerras, que si bien por de pronto han destruido lo existente y han perjudicado para siglos enteros tal ó cual nacionalidad, en último resultado han contribuido á que adelantára un paso en la marcha de progreso que sigue desde los primeros dias de su existencia. ¿Si cómo dicen los detractores del amor á la patria, deben de igual suerte interesarnos los hombres todos, podremos anatematizar los actos de aquellos que movidos por su interés, ó arrastrados por su ceguedad, se oponen á los progresos y felicidad de las naciones? Deberemos auxiliar al que mata la libertad, fundado solamente en su fuerza?

Criado hasta el presente al lado de tus padres no puedes comprender todo lo que de noble y hermoso tiene el amor á la patria. Dia llegará sin duda en que lejos del pueblo en que viste la primera luz se reanime tu abatido espíritu al hallar en medio de tu camino un sér testigo de los placeres de tu infancia, y que como tú conoce los lugares en que habrán pasado los primeros años de tu vida. Y si lejos del patrio suelo, te encuentras aislado por no conocer el lenguaje de aquellos entre los cuales habites, ¡cuánto no alegrará tu corazón el acento de aquel idioma en que por vez primera saludaste á tus padres, y en el cual te diriges todas las noches á Dios! No lo dudes, hijo mio; para el hombre de buenos sentimientos nada hay tan grande como el amor á la patria. Te resignarás de la muerte de tus padres: olvidarás á tus amigos, abandonarás los objetos mas caros á tu corazón; pero nunca, por viejo que seas, podrás olvidar el lugar en que naciste. Aun gozando de toda la dicha de la tierra, ó viviendo en medio de la desgracia, suspirarás constantemente por aquel humilde techo en que

aprendiste á conocer á Dios. ¡Qué mucho si allí existen los testigos de los mas felices dias de nuestra infancia; si allí se balancean todavía aquellas campanas que con su són magestuoso y solemne, grave y triste unas veces, otras placentero y alegre, nos llamaban ora á los funerales de un anciano; ora á la boda de un amigo, al bautizo de un recién nacido, ó á cualquiera de esas fiestas solemnes y augustas con que nuestra religion nos recuerda los mas sagrados actos de la vida de Jesucristo, su nacimiento, su encarnacion, su pasion y muerte, ó su existencia corporal, en el pan que nos reparte siempre y cuando acudimos á su mesa! Para mí es tan natural en el hombre el cariño hácia el hogar, que no puedo concebir la existencia de uno solo que carezca de él.

Ni lo es menos el amor á la patria que con sus instituciones nos protege, nos ampara con sus leyes, y contribuye con sus cuidados al perfeccionamiento de nuestras costumbres é inteligencia. Ama, pues, mucho á tu patria, pero evita que tu cariño se convierta en frio egoismo ó en vano orgullo, que te impida reconocer lo útil y bueno, y hasta aquello en que aventajen á la tuya las demás naciones, provincias y pueblos. Si los hombres que unidos por las mismas costumbres, por idéntico origen, por los mismos males y esperanzas, se enorgullecen ante el recuerdo de los gloriosos hechos que sus mayores alcanzaron, se pusieran de acuerdo para odiar tal ó cual nacion, solo porque no es la misma en que ellos nacieron, ¿qué seria de la humanidad? Estas guerras que hoy se suceden de tarde en tarde y que constituyen uno de los medios, el mas terrible sin duda, pero tambien el mas eficaz para el progreso de la civilizacion, serian el único y esclusivo patrimonio de la sociedad, que se destruiria mutuamente movida por el odio y la mas terrible saña. Reflexiona lo que acontece en los pueblos que movidos por un mal entendido espíritu de localidad, ya que no puedan destruirse se atormentan con ridículos apodos, perjudicándose mutuamente en su comercio y en las demás relaciones de aprecio y amistad.

Si quieres amar á la patria de un modo digno, es necesario que sepas cumplir con los deberes de buen ciudadano. Si desprecias las costumbres, si te mofas de las obligaciones que tiene impuestas el hombre, ¿cómo sabrás hacer respetar las leyes que rigen aquellas? Contribuye por cuantos medios estén á tu alcance á la felicidad de tus compatriotas; alégrate de la prosperidad de tu patria; fomenta todas las fuentes de su riqueza; oponte á todo aquello que pueda perjudicarla; anatematiza á los que pretendan oprimirla, y si un día la ves amenazada, recuerda que has nacido en la patria de los hechos heroicos, que en ella se han señalado el Cid y Guzman.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.

TROVA Á UN NIÑO.

Entre risa y flores, vienes
Á este mundo seductor,
Eu cuyas puertas te aguardan
La esperanza y la ilusion.

Deten un punto tus pasos,
Y oye la solemne voz
Que sale de un pecho, docto
En la ciencia del dolor.

I.

Niño, la grata hermosura
Que tanto al mortal ufana,
Flor de efimera frescura,
Muere con la noche oscura
Aunque nace en la mañana.

¡Ay de tí si en la belleza
Tu bien cifras anhelante!
Marchitando su pureza,
La vejez, que pronto empieza,
Surcos hará en tu semblante.

¿Qué dirá tu fé perdida
Cuando en su cristal la fuente
Te haga ver estremecida
Faltos tus ojos de vida,
Las canas sobre tu frente?

II.

Jóven, la terrena gloria
No es de otra gloria trasunto:
Es una dicha ilusoria:
Es del mundo en la memoria
Luz que brilla y muere al punto.

¡Triste el que en afan deshecho
Por ceñir sus láuros lidia!
Aquel acoge en su pecho
Un áspid que está en acecho:
El áspid se llama Envidia.

¿Qué pensarás de esa llama
Que el pecho en volcan convierte
Cuando sus fulgores ama,
Si encuentra muerte tu fama
Antes que llegue tu muerte?

III.

Viejo, la altiva opulencia,
Por más que al mortal deslumbre
Con su nítida apariencia,
Lleva consigo la herencia
De traidora servidumbre.

¡Ay si á celado tesoro
Tu ánimo rindes al cabo,
De su nobleza en desdoro!
Tendrá la cadena de oro
Pero al fin será su esclavo.

¿Qué servirá que amontones
Con vil codicia oro y plata,
Ciego en locas ilusiones,
Si la suerte en sus traiciones
Una vez te lo arrebatara?

Triste llamarás mi trova:
No la llares triste, no,
Que hay para estos desengaños
Bálsamo consolador.

Hay algo que nunca muere,
Y es el alma, hija de Dios:
Ella goza en otro mundo
De bienes que eternos son.

ANTONIO ARNAO.

HISTORIA.

ESPAÑA ROMANA.

III.

Destruída Numancia quedò asegurada la paz por un largo período, ya por temor ó por cansancio de los pueblos fatigados con tan largas y continuas guerras. No faltaron sin embargo levantamientos parciales que de cuando en cuando venian á revelar el amor á la independencia innato en los españoles. Pero apagadas en su mismo origen estas llamaradas, no tuvieron consecuencia ninguna hasta que hubo un caudillo que supo organizar y aprovechar en favor suyo el espíritu de los pueblos descontentos del gobierno romano, y mucho mas de sus ávidos Pretores. El nuevo caudillo, el que mas influyó en la civilizacion de España y la levantó á la altura de su señora, á la que llegó á dõminar, sino por sí por algunos de sus ilustres hijos, fué Sertorio. Este general habia estado ya en la Península, aunque con un mando subalterno, y distinguiéndose mas bien por su crueldad que por ninguna de sus buenas cualidades, cuando la eligió por teatro de sus hazañas.

Partidario de Mário en las guerras civiles con Sila, le proscribió éste al obtener la dictadura, y Sertorio vino á España, decidido á disputar el poder al dictador. Desgraciado en su primera campaña, se retiró á Africa, pero los lusitanos sublevados le llamaron en su auxilio, y entonces comenzó su lucha con Roma. Muchos fueron los Cónsules y ejércitos que envió Sila á esta guerra: todos quedaron vencidos, y murió el ambicioso patricio, sin haber conseguido darla un término feliz. Sertorio en tanto habia creado, con los elementos que halló desparramados, un ejército español, un Senado, que aunque compuesto de romanos, residia en Evora, y una Universidad establecida en Huesca, donde acudian los hijos de las principales familias españolas. Con estos recursos desafiaba á la república, sin que Metelo, con sus ridícu-

las pretensiones, ni Pompeyo el Grande con todo su nombre y orgullo, consiguieran vencerle. Fué necesario acudir al postrer medio de los romanos, al asesinato. Con Sertorio se habia reunido otro general del mismo partido, que servia á disgusto como segundo suyo. Perpennã, viendo que jamás obtendria un mando de que le privaba la popularidad de su jefe, secundó los planes de Pompeyo y Metelo, y convidó á Sertorio á un festin, en el que le hizo asesinar, eligiendo esta que era la única ocasion para llevar á cabo sus planes, porque su compañero tenia una guardia de españoles llamados sus *devotos*, que hubieran impedido siempre sus proyectos, y que despues de llevados á cabo se mataron unos á otros, no queriendo sobrevivir á su caudillo. Perpenna no tardó en obtener la recompensa de su traicion, pues derrotado por Pompeyo recibió una cruel muerte, no obstante querer conservar la vida entregándole la correspondencia de Sertorio, en que resultaban comprometidos muchos romanos principales. Pero tardó en pacificarse el resto de España, distinguiéndose Cataluña por una heróica defensa.

Comprometidos por primera vez los españoles en las discordias intestinas de Roma, volvieron á tomar parte en ellas cuando la guerra civil de César y Pompeyo. Entre el Segre y el Cinca se halló el primer emperador romano próximo á terminar su vida, y tal vez su gloria, si la fidelidad de los naturales y el conocimiento del pais no le hubieran permitido sacar mas ventajas que de una victoria, de lo que debió ser su ruina. Comenzada en nuestro suelo la guerra que terminó en Farsalia, César llevó á cabo grandes hazañas en Lérida y la Bética, donde se distinguió por su desinteresada y generosa política. Antes de marchar á Italia concedió á los habitantes de Cádiz los derechos de ciudadanos romanos, contribuyendo así á la obra de civilizacion comenzada por Sertorio.

Ya habia muerto Pompeyo, y dominaba César sin rival, cuando los hijos de aquel grande hombre escogieron á España para disputar su poder al nuevo dictador. Cneo y Sexto tu-

vieron la fortuna, ayudados de sus partidarios, de reunir un grande ejercito igual al que pudo oponerles el mismo César, y en Munda se decidió por segunda vez la suerte del universo, peleando aquel dia por su vida y no por su gloria el afortunado vencedor. Toda la Bética estaba comprometida en favor de los hijos de Pompeyo, muerto ya el uno y fugitivo el otro, por lo que hubo que someterla; mas en

firieron morir antes de someterse, arrojándose por los precipicios de una montaña en que habian sido cercados con una muralla, del mismo modo que se sitiaba á las ciudades entonces. Aun este triunfo no fué Augusto quien le consiguió, y despues de estar ya en Roma volvieron á rebelarse los mismos pueblos, teniendo que venir su suegro Agripa, que fué quien definitivamente asento la paz.



Ceremonia nupcial de los romanos.

esta ocasion faltó el conquistador á su proverbial clemencia, y Córdoba, Sevilla y otras ciudades fueron víctimas de sus iras. Tambien se llevó todas las riquezas que las habia conservado anteriormente, manifestando hasta qué punto obliga la política á variar en sus acciones, aun á los hombres mas grandes.

Asesinado César en Roma, su sobrino Augusto quiso venir á España antes de cerrar el templo de Jano. Andaban revueltos los cántabros y los astures, y se propuso sujetarlos para obtener los honores del triunfo. Mas no era tan fácil esto, pues aquellos pueblos independientes, despues de los 200 años que llevaba Roma de lucha ó dominacion en España, pre-

Desde entonces quedó España convertida en una provincia romana, sufriendo todas las vicisitudes del imperio y tomando una parte mas ó menos activa en todas sus luchas. Tuvo, sin embargo, la gloria de dar á Roma en Balbo el primer Cónsul extranjero; de que gobernasen el mundo tres Emperadores nacidos en su suelo, Trajano, Adriano y Teodosio; y de que sus poetas Lucano y Marcial, su filósofo Séneca, su gramático Quintiliano, y su agricultor Columela, devolvieran al imperio en los tiempos de su decadencia las semillas de civilizacion que de él habian recibido en dias mas florecientes. Como nuestras costumbres en este período fueron las mismas que las de Roma,

no creemos poder terminar mejor este artículo que hablando de algunas de las mas notables, como son las relativas al matrimonio, origen y vínculo de la sociedad.

En Roma no se celebraban matrimonios en los dias considerados como de mal agüero, ni en los de fiestas públicas, como tampoco en las calendas, nonas é idus, ni durante todo el mes de Mayo. Generalmente precedian ó acompañaban á esta solemnidad repetidas consultas á los augurios por medio de sacrificios, en los que se quitaba la hiel á las víctimas en señal de que debian desaparecer la amargura y los disgustos entre los esposos. La boda comenzaba en casa de la novia, y terminaba en la del esposo con un gran banquete, á que asistian los amigos y parientes de los recién casados.

JOSÉ S. BIEDMA.

Esplicacion del enigma histórico y geográfico.

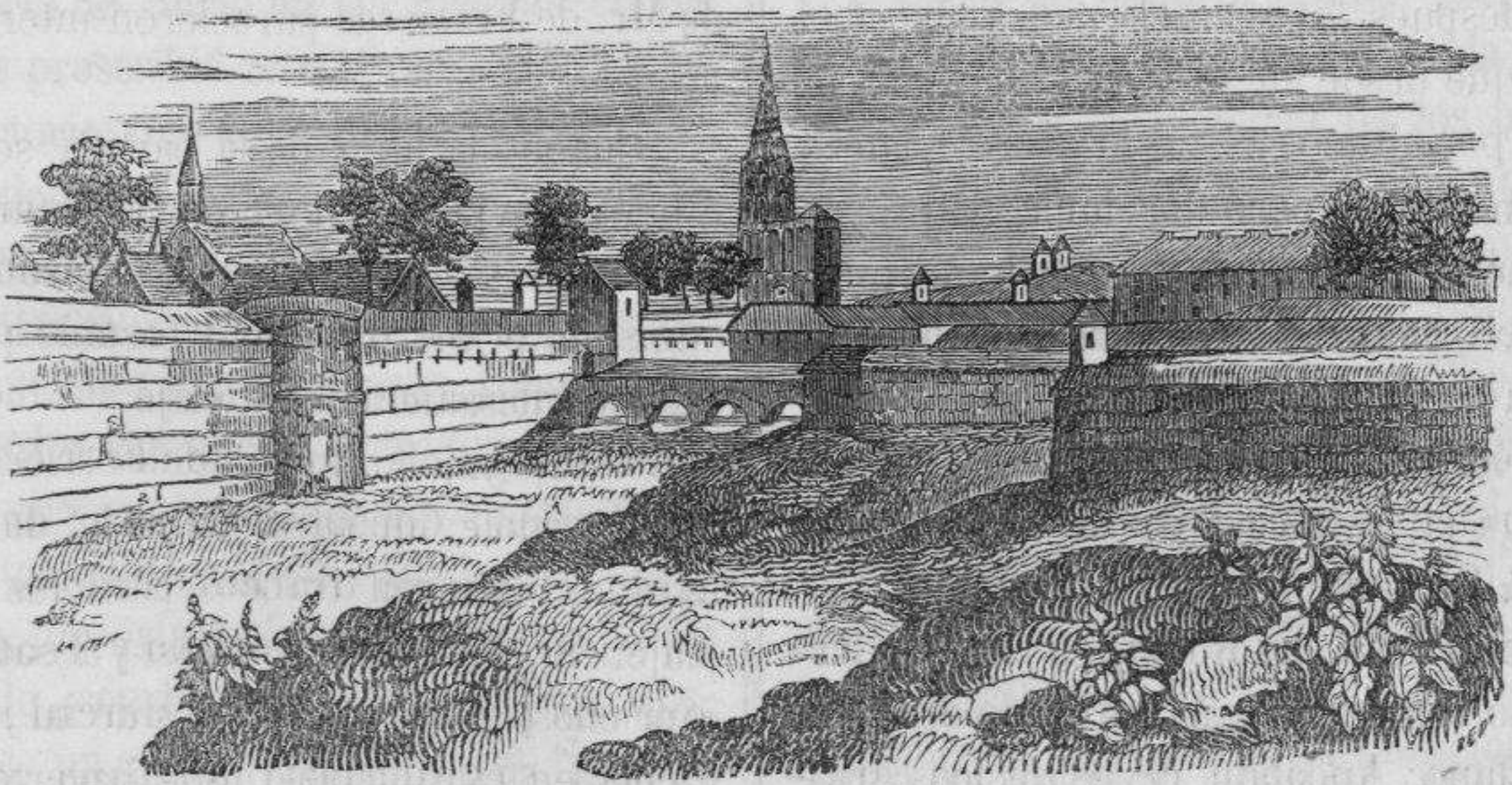
STRASBURGO.

Colocada en el anchuroso y poético valle del Rhin, la ciudad de Strasburgo se eleva orgullosa sobre un territorio rico y feraz, merced

importancia histórica. Durante la dominacion romana ya se la consideró como una importante plaza fuerte, y los grandes hechos á que va unido su nombre, han aumentado despues su valor y fama.

Strasburgo fué en la edad media una ciudad independiente, cuyos bravos habitantes se hicieron respetar de sus convecinos, y los monumentos que la decoran, en particular su catedral, incomparable obra maestra del arte gótico-aleman, prueban que en ella el arte se desenvolvía á par de la riqueza.

En los primeros años del siglo XI, cuando la luz de la verdad iba disipando las tinieblas de la idolatría en algunos puntos del globo, el obispo Werner de Habsburgo convocó, no solo á los habitantes, cuyo espíritu religioso le era conocido, sino á todos los fieles de aquellos contornos, á fin de que contribuyesen á levantar en Strasburgo el monumento que es hoy su orgullo y su gloria. El maravilloso campanario de este templo, verdadero encaje de piedra que se dibuja en los aires á una altura fabulosa, fué comenzado dos siglos despues por el arquitecto Erwin Steinbach, que murió sin acabar su obra, prosiguiéndola con incansable afán sus hijos, y en particular una hija, que, muertos sus hermanos, tomó bajo su direccion



Strasburgo.

al caudaloso rio que dá nombre al valle, y que ha hecho de ella un centro de actividad comercial, que cuenta ya siglos de prosperidad é

la obra paternal. No obstante, el famoso campanario le acabó en 1345 el arquitecto Juan Hulz, de Colonia.

Desde la plataforma en que descansa la aguja que remata el campanario, se admira en una vasta estension el valle del Rhin, con sus ricas campiñas cuidadosamente labradas, sus aldeas numerosas y su lejano horizonte de selvas y montañas; y si se fijan los ojos en la base se créa uno en la cima de una ciudad de piedra, en la que se agrupan columnas, estatuas, agujas, encajes y rosetones, que decoran en su parte exterior este suntuoso edificio. No ofrece menor encanto la parte interior del templo, donde el alma se eleva ante tanta grandeza. Oh! es indudable que los que tales obras nos legaron poseian el sentimiento de lo infinito, y el arte misterioso de arrancar al alma una plegaria ó una oracion!

Si el arte en sus mas severas aplicaciones tuvo en Strasburgo tan dignos intérpretes, la ciencia tuvo sus émulos que la dieron gloria, haciendo nacer entre sus muros los gérmenes de la imprenta, cuya propagacion ha sido origen de la cultura y la civilizacion. En 1524 Juan Gutemberg pasó de Maguncia, su patria, á establecerse en Strasburgo, llevando ya consigo las primeras nociones de una industria que servia en diferentes puntos de Alemania para reproducir caractéres y estampas, y cuya perfeccion él se prometia. Primero fueron letras aisladas, que mojaba en tinta y estampaba sobre un papel; despues las reemplazó con planchas grabadas, que desde luego ofrecieron mayores ventajas, y por último, asociado con el platero Juan Faust, consiguieron la impresion de la primera Biblia. Esta fué la aurora de un nuevo dia para el pensamiento; ¡la transformacion de la inteligencia humana!

Los mismos contemporáneos de Gutemberg comprendieron que el pobre y el rico iban á participar de una nueva vida intelectual, y que en breve los pensamientos de unos darian impulso á los de los otros. En efecto: los libros se multiplicaron, las obras de los clásicos griegos y latinos corrieron de mano en mano, y la imprenta ha llegado al apogeo en que hoy la vemos, siendo un manantial inagotable de ciencia y de progreso para el entendimiento humano.

La ciudad de Strasburgo ha continuado á través de los siglos su carrera de actividad y progreso, y en 1840, reconocida al génio creador que descubrió la imprenta, le erigió una estatua, débil muestra de su gratitud, y cuyo grabado ha dado la AURORA DE LA VIDA en su número 23.

Tenemos, pues, que el *rio* que da importancia y fertilidad á Strasburgo, es el Rhin, que corre á una media legua de la ciudad adormeciéndola con su murmullo: el *monumento* religioso, su magnífica catedral, obra maestra del arte gótico-aleman: el *arte* que ha visto nacer entre sus muros, y hoy da gloria á su nombre, es la imprenta.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

AVENTURAS DE UN MILLONARIO.

(Continuacion.)

VII.

EL VIAJE.

Los cinco dias que siguieron á la promesa de Mr. de Ferrieres parecieron interminables á Eduardo.

Cuando la hora de la partida sonó, padre é hijo, que por primera vez se separaban, sintieron que se les oprimia el corazon: una palabra del primero hubiera bastado para que el segundo desistiera de su viaje.

—Hijo mio, dijo Mr. de Ferrieres á Raoul entregándole un papel doblado, hé aquí una letra de diez mil francos para los gastos de viaje. Si esta suma no basta á satisfacer tus caprichos, y la gastas antes de tu regreso, no vaciles en escribirmelo para hacerte con fondos nuevamente. No temas que yo te reprenda ni te aconseje para lo sucesivo, porque he cesado de ser tu tutor.

Despues de haber abrazado á Raoul.

—Sigueme, Eduardo, dijo á su hijo, ten-

go que darte algunas instrucciones y hacerte algunos encargos.

Entraron en un gabinete que por una puerta de escape comunicaba con su estudio.

—Hijo mio, toma quinientos francos en oro: esta suma, en atencion á que careces de necesidades frívolas y dañosas, es mas que suficiente á cubrir los gastos que puedan ocurrirte y que te ocurrirán. Ahora tengo que comunicarte un asunto de alguna importancia, pero te prohibo que me dirijas preguntas para aclarar lo que no comprendas. Es probable, es seguro, que encontréis en el camino al Príncipe de la Alcachofa, de quien no cesa de hablar Raoul, deslumbrado por su título y su posicion. Si este caballero te pide algun favor, otórgaselo al punto, sea el que fuere; en una palabra, obedécele como á mí mismo. Si Raoul te pregunta qué te parece, contéstale que es el tipo de los grandes señores; pero si trata de profundizar, dobla la hoja y enciértrate en un silencio absoluto. Buen viaje, hijo mio.

Arrojóse Eduardo en los brazos de su padre, estrechóle repetidas veces contra su pecho, y se alejó con las lágrimas en los ojos, sin atreverse á volver la cabeza. Raoul le esperaba en su gabinete: vestia un traje de viaje tan pretencioso y tan ridículo, que le daba el aspecto de un gracioso de teatro.

Una hora despues, Eduardo, Raoul y Selim partian en el camino de hierro con rumbo á Bagneres de Luchon. En Burdeos tomaron una silla de posta, porque un millonario no puede viajar en diligencia, que los condujo al término de su camino; pararon á la puerta del establecimiento de aguas termales, Selim abrió la portezuela, y Raoul se apeó.

—Que me preparen una habitacion, la de mas precio, se entiende; dijo á un criado.

—No se reciben huéspedes, le contestó éste.

—Hay alguna fonda aceptable en el pueblo?

—El hotel de París.

—Al hotel de París! grito al cochero subiéndolo á la silla.

—Es la casa inmediata.

—No importa, árrea; yo nunca voy á pié.

Eduardo, aunque permanecia impasible, lamentaba el extravio de su compañero de viaje, y temia que le alcanzara el ridículo de que él solo era responsable; adoptó, pues, la resolucion, para ponerse á cubierto de lo que en adelante pudiera suceder, de vivir por su cuenta y recobrar su libertad, por lo que se negó cortesmente á ocupar la misma habitacion que Raoul.

—Amigo mio, le dijo, agradezco tu ofrecimiento, pero á ambos nos conviene vivir con independenciam para ahorrarnos mútuas incomodidades. Tú, hombre de mundo, te recogerás al amanecer y te levantarás á medio dia; yo, artista por naturaleza, me levantaré al despuntar el sol para visitar los montes, siempre frondosos, que nos separan de España, y me recogeré temprano.

En su consecuencia, Eduardo se instaló en una habitacion del último piso, modesta en extremo, pero con magnificas vistas.

Deshaciendo estaba su maleta, cuando abrióse la puerta violentamente y entró Raoul anhelante y conmovido.

—Eduardo, exclamó antes que éste tuviera tiempo de interrogarle; qué inesperado encuentro! Loco estoy de placer!... ¿A qué no adivinas la persona que ocupa el aposento inmediato al mio?... Reflexiona, medita... S. A. el príncipe de la Alcachofa!

Eduardo se estremeció; la presencia del Príncipe en Bagneres coincidia de una manera demasiado notable con las prevenciones de su padre para que no presintiese la proximidad de un gran acontecimiento.

—No debe ocultarse á un hombre de tu penetracion lo útil que puede serme la amistad del Príncipe en mi presentacion al gran mundo.... Selim ya ha dicho á todos los criados de la fonda que han querido oírle, que soy el conde de Chavigny, y por añadidura millonario... Los criados se lo dirán á sus señores... y cuando me vean tratar de igual á igual al Príncipe... Presiento que voy á ser el héroe de Bagneres! Hombres y mujeres solicitarán mi amistad y mi amor.... Oh, qué fortuna! Pero el objeto principal de mi visita no es este, sino

otro. Tú eres un tanto descuidado en vestir, y digan lo que quieran el hábito hace al monje; como hemos venido juntos y nos tuteamos, te agradecería que para asistir á la mesa, á paseo, y á la sala de reunion, vistieras de etiqueta; frac negro, pantalon negro y corbata blanca, como cumple á un hombre distinguido; si careces de alguna de estas prendas, no vaciles en decírmelo. El mal recibimiento á que te espones recaeria sobre mí.

Eduardo oyó con indiferencia este ofrecimiento grosero.

—Llamémonos de *usted*, si te parece.

—Teneis razon: tratarse tú por tú es de mal tono. Nos costará trabajo al principio....

—A mí ninguno.

—Pues no hay mas que hablar.

Y se despidió de Eduardo estrechándole cordialmente contra su pecho.

Vióle Eduardo alejarse sin resentimiento, y permaneció como una hora sumido en una profunda abstraccion; pensaba en el príncipe de la Alcachofa, cuyo nombre, dicho sea de paso, le habia parecido siempre tan notable como ridiculo, y esperaba con impaciencia la hora de la comida para conocerle. Llegó al fin, y Eduardo bajó á la sala en que se servia con temor y curiosidad. Es costumbre en los pueblos de baños, para evitar la confusion y suprimir las cuestiones de amor propio, que el huésped recientemente llegado ocupe en la mesa la silla del último que ha partido, y gracias á esta costumbre Eduardo tuvo la satisfaccion de colocarse lejos de su amigo.

Una silla vacía y un cubierto intacto previnieron á Eduardo que el Príncipe no comia en la mesa redonda, al menos aquella noche.

Apenas servida la sopa, el conde de Chavigny, el novísimo millonario, impaciente por darse á conocer, tomó la palabra con un aplomo y una fatuidad tan incomprensibles como la complacencia con que algunos bañistas le escuchaban; sabian que era conde y millonario.

—Tenia razon Raoul, murmuraba Eduardo. ¿Es posible que la fortuna convierta al necio en sábio? ¿Es posible que haya hombres

que escuchen y aplaudan semejantes despropósitos?

Terminada la comida sin incidente que merezca consignarse, se dispersaron los bañistas, y entre ellos Eduardo y Raoul; aquel huyendo de éste, y éste persiguiéndole para que le diera la enhorabuena por el recibimiento que le habian dispensado, que era precisamente lo que Eduardo queria evitar. ¿Qué hubiera conseguido con desengañarle? ¿Hacerle creer que envidiaba su triunfo?

(*Se continuará.*)

E. HERNANDEZ.

EL REY DE ROMA.

IMITACION.

—Un cuento, tio Petit, un cuento!

—Si ya os he contado todos los que sabia! El de *Barba azul*, el del *Ogro*....

—Esos no!

—Contadnos algo de vuestro pais.

Para que el lector comprenda esta última peticion, bueno será decirle que el tio Petit era un emigrado francés, establecido hacia mas de treinta años en la Península, y que los que le asediaban pidiéndole un cuento eran una docena de niños de una ruienseña aldea de Andalucía.

—Vaya, dijo el tio Petit, puesto que deseais que os cuente algo de mi pais, voy á complaceros, aunque por esta vez se trata de una verídica historia y no de una relacion fabulosa como otras veces. ¿No sabeis vosotros quién era el Rey de Roma?

—No!

—Pues era un niño como vosotros. Oid su historia; y no os estrañeis si se me escapa alguna lágrima, porque cuando hablo de él me sucede lo que á un padre cuando se vé obligado á hablar de un hijo querido, muerto en la flor de sus años.

Los niños se agruparon alrededor del tio Petit, que empezó diciendo:

Corria el año de gracia de 1811, y toda la ciudad de París se hallaba en la mayor agita-

cion porque la emperatriz María Luisa iba á dar un heredero á Napoleon; pero como las leyes de Francia, segun sabreis mas tarde, prohiben á las hembras ocupar el trono, era cosa de gran importancia el que la criatura que diese á luz la Emperatriz fuese niño ó niña. El buen pueblo de París queria tanto á su Emperador, que todo el que pudo dejar sus negocios se dirigió á los alrededores de las Tullerías.

—Y qué son las Tullerías, tio Petit?

—Es un palacio, que regularmente eligen para su morada los reyes de Francia. Os habrá sucedido muchas veces ir á una parada ó á cualquiera solemnidad pública, y habreis visto los esfuerzos que son necesarios para contener á la multitud: apiñadas filas de soldados; ginetes que cruzan á escape de un lado á otro; guardias de á caballo que procuran tener á raya á los mas impacientes; de cuando en cuando los curiosos dejan escapar un murmullo de disgusto; algunos lanzan una amenaza... pues bien, en el dia de que os hablo no sucedia nada de esto. Una cinta hubiera bastado para contener aquel gentío, compuesto de cien mil hombres, ávidos de saber el resultado que esperaban.

Difícil me será pintaros el aspecto de aquella multitud, y sin embargo trataré de hacerlo para que podais aprender en vuestra edad temprana lo que es ser amado por un pueblo. No creais que aquellas gentes eran todas de comer, como suele decirse; en su mayor parte eran personas soeces, pilluelos insolentes, mujeres descaradas; el mismo pueblo, en fin, que veinte años despues atacó aquel mismo palacio,

rompiendo, como se rompe un hilo, las filas de numerosos soldados. A pesar de esto, en el dia á que me refiero no se oia una disputa ni se proferia una injuria: todos marchaban sobre las puntas de los piés, como si estuviesen en la habitacion de un enfermo. ¿Y sabeis la causa de esto? Pues era porque entre aquellas gentes habia una fraternidad de amor á su soberano, y el amor es casi una virtud.

De pronto resonó un cañonazo, cuyos ecos se perdieron en el espacio.

—Uno! gritó la multitud.

Y todo quedó en el mas profundo silencio. Nadie dió un paso en el jardin de las Tullerías ni se atrevió á pronunciar una palabra.

En las calles y plazas sucedió lo mismo: cada cual se quedó clavado en el sitio en que le cogió el estampido del primer cañonazo.

Todo el mundo se detuvo.

Todo el mundo escuchó.

Y el cañon habló solo en aquel inmenso silencio á ochocientas mil almas suspensas y mudas que aguardaban con ansiedad.

A cada cañonazo se estremecia aquella multitud como si fuese herida por una corriente eléctrica, y esto sucedia porque todos iban contando á un tiempo los cañonazos.

—Uno! dos! tres! cuatro! decian todas aquellas voces, pero lo decian tan bajo que parecia la voz de una sola persona.

El cañon continuó tronando, y el pueblo siguió como petrificado.

Al llegar al décimo nono, la ansiedad fué en aumento; al vigésimo, la voz del pueblo fué temblorosa y conmovida, pero al sonar el veinte y uno, un grito inmenso le hizo eco, un gri-



El tio Petit.

to de alegría que hubiera sofocado el estampido de cien cañones.

El Emperador tenia un heredero!

La multitud se disolvió como por encanto.

Aquella noche me contó un soldado que el Emperador, despues de haber besado á su hijo, se puso á mirar á su pueblo á través de un cortinaje del balcon, y que derramó lágrimas de alegría.

—Seria muy dichoso! exclamó un niño.

—Ya lo creo! Ahora me direis: ¿Y qué tiene de interesante ese niño para que nos habléis de él? Escuchadme y lo sabreis. Su padre era entonces el árbitro de los destinos de la Europa; reyes y pueblos iban uncidos como esclavos á un carro victorioso. De pronto la estrella de aquel hombre empezó á oscurecerse. En Rusia sufrió terribles descalabros, y vuestros padres, niños míos, derrotaron antes sus falanjes victoriosas en los llanos de Bailen. España ha sido siempre cuna de héroes.

Los niños se enderezaron, como quien dice: «Es verdad.»

—Volvamos á nuestro niño—Rey. Su vida es una historia interesante para reyes y pueblos.

Pocos niños habrán venido al mundo con tanta grandeza!

Para él se creó el título de Rey de Roma, que desde Tarquino el Soberbio, únicamente lo habia usado Carlo-Magno.

Para él se empezó un palacio que debia ser mas magnífico que el de Luis XIV.

¡Si le hubierais visto como yo ir á paseo en un cochecito tirado por cuatro corderos blancos como la nieve, cuyas sedosas lanas tocaban al suelo! Yo me acuerdo que me quedaba como encantado viéndoles correr á lo largo del malecon de las Tullerías, dóciles como caballos, adornados con cintas de colores, y que por fin me unia á los demás chicos que seguian el coche, lanzando gritos de alegría, y entonaba con ellos á coro:

—¡Viva el Rey de Roma!

El niño vivió algun tiempo con la pompa de un soberano... ¿quién le habia de decir la suerte que le esperaba?

Una vez lo vistieron de uniforme, su madre le cogió en brazos y le bajó á la plaza del Carrusel, en donde habia mas de treinta mil soldados entre jóvenes y viejos: las glorias del imperio habian hecho envejecer á muchos. Todos desfilaron ante la emperatriz María Luisa y su hijo, y todos al pasar pronunciaron un juramento solemne de morir por ella y por él.

El Rey de Roma, aunque pequeño, conoció que todos aquellos hombres le querian, y les respondió enviándoles besos con sus manecitas.

Pasaron muy pocos dias, y á las puertas del palacio habia dispuestos varios carruajes de camino... ¡Los enemigos iban á invadir la ciudad, y era preciso huir! Lo que voy á deciros no es un cuento: es tan verdad, como que el niño de que os hablo ha muerto. Al ir á cogerle para conducirle al carruaje, se escapó gritando: «¡No quiero! No quiero!» Hubo necesidad de perseguirle de cuarto en cuarto, y cuando por fin lograron alcanzarle, se asió de un cortinaje con todas sus fuerzas, y exclamó sollozando:

—¡Yo no quiero dejar mi palacio! No quiero!

Le sacaron de allí á pesar de sus gritos... y el niño no ha vuelto al palacio!

Vivió algun tiempo lejos de Francia, sufriendo apenas tenia uso de razon. Dicen algunos que su mayor sentimiento era el no ser el futuro soberano de su patria: no sé si esto es cierto; pero lo es, que su padre espiraba lejos de él sin haberle abrazado; que habia nacido en Francia, y que murió sin volver á verla, y no es necesario ser muy ambicioso para sufrir con estas desgracias.

—¿Y nada le quedó de su pasada grandeza?

—Nada mas que el recuerdo de lo que habia sido, y las oraciones de los pobres, cuyo ángel tutelar era.

Pensad en esta historia, niños míos, y cuando os atormente algun pesar, acordáos del Rey de Roma: comparad vuestra desgracia con la suya, y vereis como la vuestra es menor. Si teneis tan mal corazon que aborreceis

á los que están mas altos que vosotros, ved adonde conduce la desgracia, hasta á los mas poderosos, y si llegais á ocupar un puesto elevado, no os envanezcáis de ello, porque seguramente vuestra fortuna no será tan brillante como la del Rey de Roma, y podeis caer como él en la mas profunda desgracia.

IGNACIO VIRTO.

EL JUICIO DE LOS MUERTOS.

Un soberano del antiguo Egipto habia fallecido. En el lago Mórís se reunieron los cuatro jueces para decidir si el difunto mereceria los honores de la sepultura. Presentáronse los hombres buenos para dar testimonio de los hechos del finado, y todo lo que depusieron le era favorable.—Ha engrandecido la patria con la gloria de sus armas—dijo el primero.—El pueblo ha pagado esa gloria con su sangre—respondieron los jueces.—Ha protegido las ciencias y las artes—añadió el segundo.—Pero ha hecho poco aprecio de la agricultura—repusieron los jueces.—Ha merecido la reputacion de religioso y afable—continuó un tercero.—Entonces preguntó el mas antiguo de los jueces.—¿Le llamaban justo sus pueblos y las naciones vecinas? Porque este es el único sobrenombre á que debe aspirar el que está colocado mas alto que los demás hombres, que son sin embargo hermanos suyos.—Los testigos se admiraron. Entonces levantándose los jueces dijeron:—El que habita en la luz ha juzgado el alma: nosotros solo juzgamos el cuerpo. Debe quedar sin enterrar por un año, pues no hay ninguna virtud digna de un soberano mas que la justicia, y todas las demás no lo son verdaderamente si carece de esta.



JUEGOS DE NIÑOS.

EL CAZADOR.

Para este juego es menester que sean al menos cinco individuos; uno de ellos es el *cazador* y los demás adoptan cada cual el nombre de uno de los efectos del cazador; colócanse en dos filas, formando calle y sentados, excepto el cazador, que estará en pié y no tendrá asiento. Seguidamente va llamando á todos los individuos por su nombre de caza, y estos se levantan y van poniéndose uno trás otro á espaldas del cazador.

Una vez que ya todos están en pié y algo distantes de sus puestos, el cazador da la voz de fuego, y todos se desbandan corriendo á sentarse; pero como hay un asiento de menos, se queda siempre uno en pié, el cual hace entonces las veces de cazador.

Para que el juego sea mas animado, suele estipularse el que cada jugador debe volver al sitio que ocupaba, lo cual produce mayor confusion, y por consecuencia es mas difícil al que hace de cazador el apoderarse de asiento alguno.

EMILIO DE TAMARIT.

ADIVINA.

Remitida por FERNAN CABALLERO.

CON UNA FLOR Y UNA SERPIENTE
TENDRÁS UNA CIUDAD PUDIENTE.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.